

El Grupo Español del Carbón: Una Historia de Integración y Mestizaje

Rafael Moliner. Profesor de Investigación del CSIC, Instituto de Carboquímica

Permítame el lector iniciar este artículo agradeciendo al nuevo Comité Editorial del boletín la oportunidad que me ofrece de contar mis “vivencias e impresiones del GEC”. Permítame también ponerle en situación sobre la historia de mi relación con el Grupo a fin de que pueda valorar mejor lo que en él se dice: He tenido la enorme suerte de haber vivido el GEC en primera persona desde su fundación, de haber participado en todas sus reuniones y asambleas y me ha cabido, también, el honor de formar parte de varias de sus Juntas Directivas, con distintos Presidentes. Puede decirse, por tanto, que conozco al GEC desde siempre y desde dentro, y que el cariño que le he profesado y con el que he militado durante 25 años está fundamentado no sólo en sentimientos, que también, sino en hechos y conocimientos. Para finalizar esta pequeña introducción, pediré una última licencia: la de la subjetividad. Vierto aquí mis vivencias, los hechos tal como yo los he vivido y percibido, sin quererles atribuir la categoría de verdad incontrovertible....

Como es sabido, el GEC se gestó a finales de la década de los ochenta, en el marco de las Conferencia sobre Planificación, Ahorro, Alternativas Energéticas y Utilización del Carbón que se celebraban anualmente en el contexto de la Feria de Zaragoza. En aquella época el carbón dominaba la producción de electricidad y la investigación sobre procesos de licuefacción y gasificación, la Carboquímica, dirigida a sustituir los productos del petróleo por los del carbón, tuvo un gran esplendor. No hay que olvidar que en los ochenta las enormes convulsiones sociales y económicas provocadas por las sucesivas crisis del petróleo de 1973 y 1979 estaban todavía muy presentes y se buscaban intensamente alternativas a la petroquímica.

Personalmente estaba enrolado en esta línea de investigación, más en concreto en la Hidropirólisis del carbón, mediante la que se perseguía, entre otros objetivos, obtener productos químicos de base, en particular BTX y PCX. Militaba, por tanto, en lo que podría denominarse la línea “dura” del GEC, según la cual con la palabra carbón sólo podía uno referirse a los pedruscos negros y brillantes que se extraían de las minas. Fue por tanto para mí una cierta sorpresa, que atribuiré a la ignorancia, constatar que había toda una comunidad de científicos españoles que la utilizaban para denominar materiales compuestos por carbono pero que no procedían

de las minas, sino de transformaciones de otros productos naturales o incluso sintéticos.

Evidentemente, bajo esta discrepancia lingüística subyacía la concepción de que debía ser y a qué debía dedicarse el GEC. La comunidad científica internacional, que ya por entonces frecuentábamos, lo tenía claro: Una cosa era el “Coal” y había toda una serie de congresos y conferencias dedicados al mismo, en particular la “International Conference on Coal Science” y otra el “Carbon”, que tenía las suyas propias, en particular la “Carbon”. Hay que decir que la mayoría de los científicos implicados en la creación del GEC venían ya participando en una de estas dos conferencias y que disfrutaban de prestigio internacional en su campo.

Podría haberse caído, por tanto, en la tentación de establecer dos subgrupos dentro del GEC respondiendo a las dos grandes líneas de actividad. Afortunadamente los socios fundadores tuvieron la suficiente perspectiva científica y personal como para percibir que la, entonces relativamente pequeña, comunidad española del Carbón/Carbon sólo podría aspirar a tener peso y presencia internacional si aunaba esfuerzos y voluntades. De algún modo, todos percibimos que esa era la línea a seguir, que sólo juntos seríamos fuertes y que, aunque a nivel internacional se participase prioritaria y mayoritariamente en grupos y congresos más específicos y próximos al trabajo de cada uno, a nivel interno, el GEC debía mantenerse como un solo bloque.

La opción mostró ser acertada y pronto dio sus frutos, los más visibles la celebración de la “Carbon 94” en Granada, organizada por el GEC, y la “ICCS 95” en Oviedo, cuya organización nominal corrió a cargo de la IEA, como todas estas conferencias, pero que contó con la participación de la mayor parte de los miembros del GEC.

Cuando repaso estos primeros pasos del GEC no puedo sino sentirme orgulloso de la actitud y visión de todos sus protagonistas. Ha de reconocerse que el entorno social de la época era propicio. También en esto fuimos afortunados ya que España disfrutaba entonces de un gran prestigio internacional como consecuencia del éxito que como sociedad habíamos alcanzado en la denominada “Transición”, el proceso de

transición política que “desde la ley a la ley” permitió pasar de la dictadura franquista a la democracia y en el que todos supieron renunciar a algo para alcanzar un bien común superior. El entorno social era propicio a los consensos, a la búsqueda de espacios de encuentro y a promover lo que unía sobre lo que separaba.

Pero, retomando el relato del GEC, hay que decir que estos éxitos afianzaron la fórmula de la integración, de modo que, incluso más adelante, cuando ya el número de participantes en las reuniones bianuales del Grupo hubiese permitido hacer sesiones paralelas dedicadas a cada una de estas dos grandes líneas, se descartó esta opción en aras de la cohesión. Así, aunque las ponencias que se presentaban podían clasificarse en dos grandes grupos, que denominaré por un lado Energía y Medio Ambiente y por otro Materiales, se presentaban en sesiones orales únicas, de modo que todo el mundo tenía oportunidad de escuchar a todos los demás, y así se ha mantenido hasta el presente.

Esta primera etapa de integración dio paso con el tiempo a otra, todavía más fructífera: la del mestizaje. El conocer lo que los demás hacían daba ideas para incorporar a las líneas de cada uno. Semultiplicaron los intercambios de muestras para analizar, después de ideas y después de personas. El resultado ha sido espléndido. Sólo hay que revisar las comunicaciones de la última reunión y sus autores para comprobar que los grupos tradicionales de energía también hacen materiales y catalizadores para captura de CO₂, hidroproceso, fotocátalisis, pilas de combustible etc y que los grupos de tradición en materiales, los utilizan para fines energéticos: baterías, supercondensadores, almacenamiento, etc. En resumen, la integración y el mestizaje ha mostrado ser, como en casi todos los ámbitos de la vida, las mejores armas para adaptarse y tener éxito en un entorno siempre cambiante. El GEC es una buena prueba de ello.

Rafael Moliner Álvarez
Profesor de Investigación del CSIC
Instituto de Carboquímica